

procurado tomar fotografías originales de todos los objetos para el presente libro, siempre y cuando esto ha sido posible, y éstas se han publicado en la monografía y en la página web a todo color y con una gran resolución, exponiéndose así detalles de ciertas decoraciones y de ciertos artefactos ibéricos en los que antes nunca se había reparado.

Así pues, estimamos que el proyecto *Flora Ibérica*, buena parte de cuyos resultado se presentan en este libro, posiblemente suponga un gran salto cualitativo en la investigación referente al medio natural en el que se desarrolló la cultura ibérica, sus potencialidades económicas y su percepción subjetiva. Toda recopilación de datos es útil para el investigador, máxime si ésta se mantiene actualizada y viene acompañada de un aparato gráfico tan espectacular como el de la presente; pero para un asunto tan desigualmente tratado como el de la flora ibérica, la compilación de las informaciones referentes a ella permite (ha permitido) valorar la cantidad y calidad de los datos con los que contamos, y por tanto la plausibilidad de las conclusiones que en muchas ocasiones se han extrapolado a partir de

dichos datos, a veces tan sumarios y siempre tan desiguales.

En el ámbito de la iconografía, de hecho, un trabajo como éste se estaba haciendo cada vez más necesario, pues, exceptuando tentativas en este sentido como las de T. Tortosa (centradas en la decoración cerámica ilicitana), el estudio sistemático de la vegetación representada en la plástica ibérica aún estaba por hacerse, lo que daba lugar a que la interpretación de la misma fuera, en algunas ocasiones, meramente subjetiva. En nuestra opinión, estas páginas constituyen una magnífica base para posteriores estudios sobre el tema. Una base que esperamos no tarde en completarse con el volumen referido a la fauna ibérica.

Jorge García Cardiel

Departamento de Historia Antigua  
Universidad Complutense de Madrid  
jgarciacardiel@pdi.ucm.es

**Peter van Dommelen y A. Bernard Knapp (eds.). *Material Connections in the Ancient Mediterranean. Mobility, Materiality and Identity*.  
Routledge, Londres, 2010. ISBN 13 (pbk): 978-0-415-58669-6.**

Este volumen tiene su origen en sendas reuniones científicas efectuadas en Malta y en Glasgow en los años 2008 y 2009 dentro del proyecto *Material Connections* y bajo la dirección de los editores del volumen, en las que marcaron las líneas-guía de las contribuciones de diferentes autores que trataban de aspectos de la Prehistoria reciente y de la época clásica en el Mediterráneo. Desde el primer capítulo los editores recalcan la importancia de un aspecto relegado por la investigación desde el surgimiento de la Nueva Arqueología a inicios de los años 60: la movilidad en cualquiera de sus formas (migración, colonización, copresencia, etc.). Hasta ahora, en el estudio de los procesos de movilidad de pueblos y/o personas se ha dado siempre mayor importancia al mundo clásico mediterráneo, dejando de lado los desarrollos de las poblaciones locales, a las que se presta mucha más atención en este volumen a causa de la adhesión de ambos editores a los estudios postcoloniales. En este sentido, creen que la movilidad es esencial a la hora de definir las identidades sociales de los pueblos prehistóricos e históricos del

Mediterráneo, una identidad en la que la materialidad va a tener un papel básico. Materialidad, movilidad, contacto e identidad, se van a convertir, por tanto, en los ejes que articularan las diferentes narrativas ofrecidas en este volumen.

Es a las conexiones materiales a las que se otorga una mayor importancia, ya que atestiguan la existencia de contactos y el significado que éstos poseen para cada una de las partes participantes en los mismos y para construir nuevos mundos y mentalidades y crear nuevas identidades que en muchas ocasiones adquieren un carácter híbrido a causa precisamente de dichos contactos que, en el Mediterráneo, se van lógicamente a producir por mar. Al mismo tiempo, los editores no dejan de plantearse lo problemático del propio concepto de Mediterráneo, aunque reconociendo su existencia como experiencia por parte de las poblaciones que habitaban sus riberas.

Carlos Cañete ofrece en el segundo capítulo una síntesis del surgimiento del concepto de Mediterráneo como una construcción francesa del siglo XIX que surge en paralelo al concepto de Orientalismo

definido por E. Said (2006). El concepto hunde sus raíces en las prácticas clasificatorias de la ciencia moderna de los siglos XVIII y XIX, adquiriendo los datos sobre los que se sustenta a través de las misiones exploratorias francesas de dicha época. Estas misiones clasificarán el espacio, mediante la realización de mapas, que tanto contribuyeron a la fragmentación y creación de identidades, los tipos humanos, clasificados según los paradigmas raciales entonces vigentes y en los que se enfatizan tanto las diferencias como los contactos con las poblaciones europeas; y la propia cultura material, primero los restos romanos y luego las manifestaciones funerarias indígenas, que servirán para marcar los contactos entre ambas riberas del Mediterráneo, sobre todo al plantearse las posibles relaciones entre los monumentos megalíticos franceses y los beréberes. Todo ello sirvió para ir cambiando la perspectiva de un Norte de África ajeno a Europa a la creación de una identidad entre Francia y estas regiones, al advertirse sus similitudes en aspectos culturales, biológicos, etc.; un proceso acelerado y consolidado por la derrota francesa a manos de Prusia en 1870, que separa a Francia del ámbito europeo y la lleva a construir unas mayores relaciones con el Mediterráneo.

A continuación, Alicia Jiménez se ocupa de la mimesis y el colonialismo en la Hispania romana, centrándose en el papel que adquiere Roma, y en concreto el Foro de Augusto, como modelo arquitectónico de las capitales provinciales de Hispania y otras ciudades del imperio. Así, señala cómo los foros de las capitales provinciales imitan la planta, la arquitectura y el programa iconográfico del mencionado Foro de Augusto, lo que en los planteamientos más tradicionales se explicaba como consecuencia de la denominada "Romanización". Para la autora, esta imitación del modelo imperial no sólo se refleja en la arquitectura pública, sino también en la esfera privada, como queda plasmada en diversas esculturas, cerámicas e incluso *graffiti*, lo que refleja la expansión de la ideología promovida por Augusto, más o menos reinterpretada, entre individuos no vinculados a la elite y que incluso son capaces de burlarse de ella o subvertirla. Todo ello da pie a la autora para reflexionar sobre qué entendían los griegos y romanos como imitación, analizando ésta dentro del ámbito de la teoría postcolonial y señalando cómo en la práctica cotidiana los colonizados pueden asimilarse a los colonizadores pero nunca en su totalidad, y como esta estrategia de la imitación pudo utilizarse como medio de resistencia y de pasar desapercibido al poder imperial romano. No obstante, se señala cómo en dicha integración en la cultura romana integra subsisten elementos de la identidad local, como la iconografía monetaria o el tipo de urna cineraria utilizada en algunas ciudades de la Bética. Por último, enfatiza cómo

la relación entre las poblaciones sometidas y Roma es bidireccional, asumiendo también Roma rasgos culturales y recibiendo individuos procedentes de todos los rincones del imperio, lo que, en última instancia, cambiará también su identidad.

En el cuarto capítulo, Damià Ramis analiza la ocupación humana de las Islas Baleares, en este caso un proceso que no conllevará contacto cultural con otras poblaciones al estar las islas deshabitadas. Así, lo que más se enfatiza en este trabajo son los aspectos de la movilidad y de la creación de una nueva identidad insular. A partir de los datos de las excavaciones en el yacimiento de S'Aranelet de Son Colom, de fines del III milenio a.C., se propone la colonización de las islas desde el sur de Francia y el Nordeste de la Península Ibérica, ya que sus construcciones muestran conexiones con la cultura languedociense de Fontboisse. Dicha ocupación llevaría en un corto espacio de tiempo, ya en el tercer cuarto del II milenio a.C., al surgimiento de una cultura isleña con personalidad propia caracterizada por la construcción de navetas de carácter doméstico, de megalitos y el uso de la inhumación colectiva como ritual funerario.

El trabajo de Maria Gkiasta trata de cómo reconstruir las identidades sociales de la Creta prepalacial a partir de la materialidad, entendida como cultura material e implantación en el paisaje, y la conectividad, en concreto a través del estudio de los contactos en el interior de la isla y con el exterior, especialmente con las Cícladas y el Egeo. Así, señala que Creta, a pesar de ser una isla, es lo suficientemente grande para que existan diferentes trayectorias regionales fácilmente identificables en el registro cerámico, los ritos y estructuras funerarias y los intercambios diferenciados con otras regiones, poseyendo también elementos ideológicos compartidos, lo que muestra la existencia de numerosos contactos en su interior que cabe atribuir a diferentes individuos o grupos de individuos como pastores, artesanos, etc., una conectividad interior que se ve especialmente reforzada justo con anterioridad a la aparición de las primeras estructuras palaciales.

Por su parte, Anthony Russell analiza el impacto de los objetos egeos, sobre todo la cerámica, en el desarrollo de las élites sardas de la Edad del Bronce, separando acertadamente el surgimiento de una sociedad relativamente compleja en la isla, de la presencia de comerciantes y objetos egeos, que cree escasa y poco trascendente, enfatizando el carácter local del fenómeno, como demuestra el uso por las élites nurágicas de elementos culturales propios, tales como el propio acceso a las nuragas o el derecho a ser enterrado en tumbas de gigante, para enfatizar la desigualdad social en la isla. En la misma línea, demuestra que no existe ningún vínculo entre las nuragas más complejas y las importaciones de cerámica egea y de lingo-

tes de cobre de piel de buey, subrayando que se trata de objetos que, aunque pueden ser usados por la élite para diferenciarse del resto de la población, su control no constituye una fuente de poder para la misma. Igualmente, analiza los contextos de consumo de estos objetos, principalmente la cerámica de procedencia egea, ya sea de importación o las imitaciones fabricadas en el sur de Italia o en la propia isla, centrándose en las evidencias recuperadas en el nuraghe Antigori. Mucho más discutible es su idea de que los contactos entre la población isleña y los navegantes/comerciantes micénicos debieron ser prácticamente inexistentes, basándose en la escasa cantidad de verdaderas importaciones egeas en la isla y la gran cantidad de imitaciones locales o del sur de Italia, lo que explicaría el carácter poco eficiente de la adopción de la técnica del torno de alfarero en la isla. De hecho, si los contactos son principalmente con el sur de Italia, ¿cómo se explica la gran cantidad de lingotes de piel de buey en la isla, no documentados en el sur de Italia, pero sí en Sicilia, donde no se duda de contactos directos con los micénicos? Quizá lo mejor es no llegar a tendencias tan minimalistas como las planteadas por E. Blake (2008) acerca del alcance del comercio micénico, aún reconociendo que tiene parte de razón (cf. Cazzella y Recchia 2009).

A continuación, Sarah Janes analiza a partir de los restos funerarios la materialidad de la interacción social y cultural en la isla de Chipre c. 1100-700 a.C., entre personas de diferente bagaje cultural. Entre dichas formas de interacción hay que contar los contactos marítimos, migraciones, procesos coloniales y contactos entre las poblaciones internas de la isla, procesos todos ellos que desembocarán en el surgimiento en la Edad del Hierro de varios reinos de carácter híbrido que integraban poblaciones de diferentes procedencias.

A este trabajo le sigue el de Maria Kostoglou, centrado en la posibilidad de reconocer identidades a partir de las diferentes elecciones tecnológicas efectuadas por los herreros, centrandó su estudio en las diferencias entre dos comunidades de la costa norte del Egeo: Mesembria-Zone y Avdera, señalando cómo las elecciones tecnológicas, más empotradas en el *habitus* (sensu Bordieu) de la sociedad, son más resistentes al cambio que los aspectos estilísticos, por lo que son más útiles para rastrear diferentes identidades en el registro arqueológico. La autora aplica esta premisa metodológica a las mencionadas comunidades, parte del proceso colonial griego en el Egeo, evidenciando como hay diferencias en la elección de minerales y en la forma de trabajarlo entre las comunidades tracias locales y las coloniales griegas, alcanzando las primeras un mayor grado de perfección tecnológico, lo que le sirve para criticar la extendida idea de la superioridad tecnológica de las poblaciones coloniales frente a las indígenas.

En el capítulo 8, Jeremy Hayne analiza las identidades de la Cerdeña de la Edad del Bronce, en la que el contacto con los colonos fenicios y otras poblaciones de la Italia continental tendrá gran importancia. Así, la identidad de las poblaciones locales deja de vincularse con las nuragas de la Edad del Bronce para integrar nuevos elementos, como nuevas tecnologías, con las que se fabricará uno de los objetos más paradigmáticos de la Edad del Hierro sarda, los *bronzetti*, además de nuevos elementos de cultura material de origen fenicio o italiano continental. En este proceso, el análisis se centra en dos áreas, la Nurra, al Noroeste de la isla, y las regiones de Barbagia y Dorgali, en su zona centrooriental. En ambos casos se observa la existencia de diferentes conectividades, con un mayor impacto del componente fenicio en la Nurra, como atestiguan las importaciones de cerámica fenicia en el poblado de Sant'Imbenia y la aparición de bronzes de tradición fenicia en santuarios de la zona, y del componente itálico en la zona oriental, dada su fácil comunicación marítima con el continente, como documenta la aparición de cerámicas, fibulas y bronzes etruscos en Sa Sedda 'e Sos Carros y Nurdòle. Todos estos elementos reflejan las transformaciones identitarias sufridas por estas poblaciones mediante la apropiación de objetos exógenos que son recontextualizados y cuyo uso cambiará el *habitus* de las mismas, unas transformaciones más intensas cuanto mayor son los contactos exteriores, pero que siempre hay que entender desde una perspectiva local.

Por su parte, Jaime Vives-Ferrándiz analiza los contactos entre los fenicios y las poblaciones locales de la costa sudoriental de la Península Ibérica de mediados del siglo VIII a finales del VII a.C., centrándose en la apropiación de estos últimos de elementos de la cultura material fenicia. En concreto, sitúa su análisis en el cementerio indígena de Les Moreres, señalando los cambios en las estructuras funerarias y la adopción de nuevos elementos de cultura material, como las urnas cinerarias fabricadas a torno, los vasos usados como tapaderas de las mismas, las fibulas de doble resorte y los cuchillos de hierro. Así, señala acertadamente que no se produce la adopción por parte de las poblaciones locales de los rituales funerarios fenicios, adoptándose únicamente objetos de dicha procedencia, un hecho que se puede poner en duda en el caso de las fibulas de doble resorte. Analiza igualmente quiénes son los individuos más proclives a utilizar estos elementos, llegando a la conclusión de que son varones de cierta edad, seguramente aquellos que controlan los intercambios con la población colonial fenicia. En este sentido, apunta que este proceso supondría un cambio en la percepción identitaria de estos individuos, aunque la sociedad como grupo sigue claramente anclada en la tradición, que sólo será abandonada a fines del siglo VII a.C.

Por último, Corina Riva se ocupa de los asentamientos comerciales y la materialidad del consumo del vino en la costa norte del Tirreno (el sur de Francia) en el siglo VI a.C., momento en que se documenta un importante movimiento de personas y materiales, evitando en el primer caso la dualidad colonial/indígena y, en el segundo, analizando el papel de los objetos en establecer o subvertir las formas en que se relaciona la gente. Dentro de este proceso, un elemento clave va a ser la fundación de *emporía* y establecimientos comerciales en las orillas del Tirreno, los primeros establecimientos multiculturales en Etruria y, los segundos asentamientos indígenas en el sur de Francia. En estos últimos aparecen grandes cantidades de cerámica etrusca y griega dedicada a la comercialización y consumo del vino, lo que demuestra el papel fundamental de éste en los contactos culturales y la transformación de las sociedades indígenas. En este proceso comercial se asiste a un importante cambio de la procedencia de las importaciones a mediados del siglo VI a.C., cuando las producciones etruscas dejan paso a las griegas, lo que dará lugar a la formación de esferas de influencia comercial en la zona y a la consolidación de Massalia como asentamiento colonial que iniciará su propia expansión colonial en las costas meridionales francesas. La adopción del consumo del vino, aunque tendrá importantes consecuencias en la economía política de las poblaciones locales, no afectará demasiado a su identidad cultural, ya que las mismas “indigenizan” su consumo. La exportación del vino etrusco y su consumo en esferas sociales cada vez más amplias llevó también a un cambio de su valoración en Etruria, ya que pasó de ser un consumo de élite, muy vinculado a determinados aristócratas, a una despersonalización de su consumo, cada vez más extendido a individuos fuera de la esfera elitista, coincidiendo este hecho con la multiplicación de contactos que Etruria va a experimentar en el siglo VI a.C., contactos en los que el consumo del vino jugó un papel fundamental y que se desarrollaron principalmente en el marco de los *emporía*. Por último, señala como el consumo del vino se realizaba en muchas ocasiones en contextos de contactos interculturales que pudieron servir para cambiar y definir las identidades y límites coloniales.

El libro finaliza con un epílogo de Michael Rowlands, que hace un compendio de las principales ideas planteadas por los editores y desarrolladas por los autores de las contribuciones, señalando como identidades y procesos de diferenciación son siempre construidos y están en estado de flujo. Señala como uno de los conceptos claves del libro es el de materialidad, viendo cómo se crean “mundos emigrantes” mediante la confluencia de personas y objetos en movimiento, un movimiento que hay que rastrear arqueológicamente, además de enfatizar que hay que trascender la dicotomía colonial entre colonizadores e indígenas. Se ocupa a continuación del tema de los contactos, enfatizando la importancia de las zonas de contacto como lugares donde se producen los procesos de préstamo e imitación cultural, subrayando la importancia de los procesos de imitación. Trata también de la relación entre materialidad e identidad, éste último uno de los conceptos clave que estructura el libro, aunque subraya que es difícil saber qué entienden los diferentes autores cuando usan este término, señalando que hay que usar un concepto de identidad relacional: serían los intercambios y las relaciones sociales y económicas las que definirían la persona. Así, en las situaciones de contacto se crearían personalidades híbridas, nuevas, más complejas que el simple resultado del contacto entre grupos. Finalmente, cierra su intervención preguntándose si a partir de los conceptos y métodos planteados por los diferentes autores se puede llegar a conocer algo más allá de los diferentes contextos locales que podemos llamar “el Mediterráneo”, lo que él cree posible al plantear la existencia de una serie de elementos transversales que denomina, siguiendo a M. Mauss, “civilización”, una comunidad de esencias y experiencias compartidas en la *longue duree*, usando de nuevo el término acuñado por la Escuela de los *Annales*.

En definitiva, el volumen presenta toda una serie de trabajos estimulantes y teóricamente informados sobre los contactos entre pueblos y personas, sus elecciones y las consecuencias que tienen en los mismos.

Mariano Torres Ortiz  
Departamento de Prehistoria  
Universidad Complutense de Madrid  
mtorreso@ghis.ucm.es

## REFERENCIAS

- BLAKE, E. (2008): The Mycenaeans in Italy: a minimalist position. *Papers of the British School at Rome*, 76: 1-34.
- CAZZELLA, A.; RECCHIA, G. (2009): The ‘Mycenaneans’ in the Central Mediterranean; a comparison between the Adriatic and the Tyrrhenian seaways. *Pasiphae*, 3: 27-40.
- SAID, E. (2006 [1978]): *Orientalismo*. Random House Mondadori, Barcelona.